

De palabras y verdades

Serena Arci

De palabras y verdades



Capítulo 1

Cuando me instalo frente al monitor lo primero que pienso es: ¡Cómo carajos le hago para expresar con palabras lo que en mi mente está!

Y no es porque no tenga ideas, claro que las tengo, y muchas. Simplemente esta disgrafía afecta y por mucho mi manera de escribir.

Y tú te cuestionarás... ¿Entonces por qué deseas escribir?

Pues bien, verás... Este proyecto lo tomé porque quería expresar un sentimiento a través de las palabras. Sé, que muchas personas tienen la facilidad de escribir y plasmar una idea, y mientras algunos tienen esa facilidad, hay otros (como en mi caso) que batallamos en ella.

Permíteme continuar.

Cuando inicié este proyecto se lo hice saber a un editor. Él, con la mayor honestidad me indicó: "*Tu trabajo tiene falta de concordancia y redacción, sin embargo la historia es buena*". Al escuchar sus palabras me sentí derrotada, abatida, un cero a la izquierda. Como si un *game over* acabara de suceder en mi vida. Y ciertamente mis expresiones faciales son muy expresivas, y creo que, por esa situación, aquel hombre se percató de mi estado y no dudó en declararme mientras seguía cabizbaja:

—No confundas buena redacción con una buena historia. Una novela puede tener redacción, pero su trama puede ser tan mala como una cerveza caliente en verano. Créeme, tu novela es buena, el concepto es bueno y la forma en la que lo expresas es agradable. Solo hay algunos detalles que tienes que afinar.

Eso me alegró, sabía que no iba a echar esa novela de 415 páginas y noventa y tres mil palabras a la basura. Tenía sus detalles, y yo, tendría que trabajar en ello. Cuando le expresé mi situación (mi disgrafía) él se sorprendió.

—Entonces... ¿cómo has llegado a terminarla? ¿Quién te ha apoyado con esto?

—Nadie —expresé muy segura de mí—, he sido yo.

De inmediato me cuestionó en el cómo había logrado salir adelante con

este problema.

—Pues verá —le dije— Desde que yo era niña mostré habilidad para memorizar... Leía libros de pequeñas historias que retenía en la mente y todo lo hacía a base de memorizar. En el colegio cuando era niña nos hacían dictados de palabras y yo, era la que sacaba uno, cero, tres o cuatro cuando mucho. Mi madre, (una mujer dedicada a sus hijos) le informaron que tenía una niña muy inteligente, pero que sinceramente la escritura no se le daba. Ella aferrada en que tenía que aprender me obligo a tomar clases particulares (con una maestra muy linda por cierto), pues no permitiría que su pequeña hija se retrasara en cuanto a conocimiento. En los números nunca me fue mal, pero al redactar... ¡Dios, qué cosa era esa...! ¡un martirio para mí! Al final los profesores optaban por hacerme exámenes orales e incluso aquellos de confusión múltiple. Lo que me facilitaba el trabajo debido a que solo se requería subrayar la respuesta correcta o colocar en los paréntesis la letra correspondiente (que a veces fallaba). Un profesor del colegio le solicitó a mi madre que me incitase a leer, ya que la lectura fomentaba la escritura... Y sí. Así lo hizo. Leía y leía a más no poder, desde la revista de vanidades, hasta el libro más choncho de la repisa consiguiendo fomentar en mí el gusto por la lectura... Y no digo que no me sirvió de nada ya que con eso comencé a escribir, tal vez no relatos largos, pero sí aquellos cortos y con sus pequeños detalles.

—¿Y en todas la materias te pasaba lo mismo?

—No —respondí—. En clase de matemáticas era por lo regular la más inteligente de la clase, pues memorizaba las fórmulas y la sabía plasmar en la libreta, aunque claro, no del todo bien (iniciaba en un extremo y terminaba en otro), pero siempre revelando el resultado exacto. En historia, geografía y demás materias me iba bien (siempre y cuando no redactara), ya que memorizaba fechas, datos, lugares y por demás.

—¿Cómo lograste llegar hasta aquí? Aun no lo puedo creer.

—Pues bien —respiré hondo y respondí—... Mi madre hizo de mí una mujer algo "agraciada" y muchos de mis compañeros del colegio deseaban hacer mancuerna conmigo (que por regularidad eran precisamente hombres) Y aunque aquellos jóvenes no tenían muy consiente el tema siempre podían plasmarlo. Si faltaba algún dato por agregar yo les indicaba qué y en donde, eso sí, siempre con mis propias palabras. Así me hice de muchos amigos. En la universidad busqué apoyo con una de mis hermanas, y antes de entregar algún trabajo al profesor se lo daba a leer. Ella me indicaba en donde faltaba una coma, algún acento, alguna letra e inclusive el orden.

Sonrió atento, y obsequiándome una tarjeta con su nombre se apartó de mi lado. Sabía que podía contar con él cuando volviese a presentárselo.

Ahora heme aquí, escribiendo por placer, esperando que algún día pueda ver mi novela en las manos de alguna persona y que esta, la disfrute al leer.

